

## La formación de los sistemas de bienestar infantil entre 1890 y 1940\*

Robert van Krieken  
*Universidad de Sydney*

*Este artículo cuestiona las dos interpretaciones más tradicionalmente aceptadas sobre la relación entre Estado e infancia, que se centran la una en las actitudes de la comunidad, y la otra en el control del Estado sobre la clase trabajadora. Examina la evidencia histórica del desarrollo de la intervención del Estado sobre el bienestar infantil para demostrar, primero, que dicho bienestar se produjo en el contexto de una evolución más amplia de un consenso ideológico en torno al Estado como terreno apropiado para la realización de los objetivos políticos, ya sea desde una perspectiva liberal-democrática o desde un movimiento laborista. En segundo lugar, el artículo destaca las diferencias entre las políticas de bienestar infantil, las formas institucionales y las teorías por un lado, y la práctica del bienestar infantil por el otro, para subrayar que las estrategias de control se llevaban a cabo muy defectuosamente como prácticas disciplinarias. Aunque la mayoría del material utilizado es australiano, el artículo también establece algunos de los vínculos comparativos con las evoluciones en América del Norte y Europa.*

Palabras clave: *Bienestar infantil, historia, control social, Estado, valores, creencias, intervención, infancia.*

*This paper argues against two traditionally accepted interpretations on the State-Childhood relationship —one centered on community attitudes and another one centered on state control over working-class families—. It examines the historical evidence of the development of state intervention in child welfare to show, first, that child welfare arose in the context of the larger development of an ideological consensus around the state as the proper arena for the realisation of political goals, whether from a liberal democratic or a labour movement perspective. Second, the paper will highlight the differences between child welfare policies, institutional forms and theories on the one hand, and child welfare practices on the other, to point out that disciplinary strategies were only very imperfectly realised*

*as disciplinary practices. Most of the historical material used will be Australian, but the paper will also establish some of the comparative links with the developments in North America and Europe.*

*Key words: Child Welfare, History, Social Control, State, Values, Beliefs, Intervention, Childhood.*

El énfasis de la construcción social y la formación de las vidas y experiencias de los niños y de la infancia como fenómeno social, y por consiguiente históricamente cambiante, es de suma importancia para la sociología de la infancia (Dencik, 1989; Qvortrup, 1987). Una característica clave del desarrollo histórico de la infancia como fenómeno social es el creciente papel que el Estado desempeña sobre la infancia, hasta el punto de que es posible sostener que la intervención del Estado es constitutiva de la infancia en las sociedades modernas. Entre 1890 y 1940 hubo una tendencia en los países occidentales industrializados a la racionalización gradual, la sistematización y la expansión de la intervención del Estado en la infancia a través de organismos de bienestar infantil, entre otros. La división de este proceso fue la creación de juzgados juveniles o infantiles y de los sistemas de libertad condicional a comienzos del siglo XX, seguido por un proceso de racionalización y burocratización más gradual, que alteró de manera significativa la naturaleza de los organismos de bienestar infantil y el trabajo que habían realizado, y aumentó el número de niños y familias bajo su seguimiento (van Krieken, 1986b; 1990).

Esta expansión de la implicación del Estado en la socialización de los niños normalmente viene explicada por una de estas dos formas: como proceso de modernización y racionalización, o como expansión del control estatal y profesional sobre el comportamiento de las familias de clase obrera. La lógica interna de la «racionalización» a veces puede resultar apremiante: parece que un hecho ha llevado lógicamente a otro. Es como si el punto decisivo político más importante —que el Estado intervenga activamente en la vida de los niños y las familias— hubiera desaparecido en el siglo XIX, y el resto fuera cuestión de cómo conseguir ese fin de mejor manera. Sin embargo, precisamente es esta evidencia, tolerancia y racionalidad la que exige un estudio más completo; en la práctica se pueden definir los «problemas» sociales de diversas formas y las reformas del bienestar disfrutaron de un apoyo político que no viene solamente de un pequeño grupo de reformadores. Más que adoptar una perspectiva de «modernización», sería correcto estudiar qué ocurrió con la situación política y económica en este periodo que se cruzó con el trabajo de los reformadores del bienestar infantil y lo fomentó.

Los autores que han intentado dar una explicación a los cambios en el bienestar infantil en relación con el contexto político y económico han tendido, sin embargo, a confiar en una noción de creciente control social, y existe la tendencia a igualar la evolución de las burocracias del Estado del bienestar con una expansión en el tamaño y en la centralización, y con un creciente grado de intervención en la vida familiar y social. La orientación en conjunto de Christopher Lash (1977), Jacques Donzelot (1979), Phillipe Meyer (1983), y otros autores influidos

por su orientación, a pesar de su reconocimiento ocasional de que una mayor intervención del Estado venía relacionada con la lucha de las mujeres por aumentar el poder fuera y dentro de los hogares, destaca la intrusión del Estado en la vida familiar y su control sobre ella. Jacques Donzelot ve la vida familiar como algo que ha sido «colonizado» y «politizado» cada vez más por los organismos de bienestar infantil, argumentando que a finales del siglo XIX se podía observar la aparición de una esfera de «lo social», y destaca las distintas estrategias y técnicas que se llevaron a cabo para dirigir y vigilar las relaciones sociales de manera que la vida familiar se «normalizase». Su trabajo es en cierto modo una ampliación del de Michel Foucault, estableciendo la «vigilancia estatal de las familias» como parte y parcela de la extensión más general del poder disciplinario de la prisión en la sociedad como conjunto (Foucault, 1977; 1986). Al igual que Foucault, Donzelot rechaza la noción de una clase gobernante capitalista o un Estado burgués en el centro del ejercicio del poder, y en su lugar prefiere escribir en pasiva, de manera que la familia fue «vigilada», «colonizada», «desposeída» y «transformada» sin especificar los sujetos de estos procesos, tratando a las familias pobres de clase obrera como los objetos pasivos de un nuevo «sistema» de regulación social.

En este sentido, este trabajo tiene mucho en común con lo mejor de la sociología estructural funcionalista, identificando las características claves del nuevo orden burocrático establecido más perceptivamente de lo que lo hicieron los historiadores narrativos ortodoxos, y éste es su atractivo, a pesar de que hace poco por explicar las interconexiones de las acciones humanas y los cambios estructurales que produjo «la gran campaña moral e higiénica inaugurada entre las clases más pobres a finales del siglo XIX» (Donzelot, 1979; p. 90). Es verdad que señala la participación activa de las mujeres en la transformación de la familia: «las mujeres eran el principal punto de apoyo de todas las acciones que se dirigían hacia la reformulación de la vida familiar» (p. xxii). Mientras que Donzelot llama la atención sobre las diferencias en las relaciones entre los hombres y las mujeres para los cambios en la vida familiar (Minson, 1985), se le ha criticado justamente por sobreenfatizar la alianza de las mujeres con los reformadores morales e ignorar las complejidades de sus respuestas a las campañas reformistas (Sevenhuijsen y Withuis, 1984). Al censurar las cuestiones generales planteadas por Donzelot, también es importante someter su noción de la construcción de «lo social» a un escrutinio histórico más completo y ser más preciso sobre los cambios sociales, políticos y económicos que subyacen al desarrollo que el Estado hace de una política social más coherente en relación con la infancia y la vida familiar.

En otro trabajo seminal, *The Child Savers*, Anthony Platt describía todo el movimiento infantil de salvación como reflejo de un cambio importante en las estrategias de control social, «desde la represión ineficaz hasta la benevolencia del Estado de bienestar» (Platt, 1977; p. xx). Platt se concentraba en la reforma de la Justicia Juvenil, pero destacaba en general que el impulso de todo el movimiento de salvación infantil «procedía en primer lugar de las clases media y alta que eran el instrumento eficaz para idear nuevas formas de control social que protegiesen su poder y privilegios» (p. xx). Christopher Lasch también propor-

ciona una imagen bastante patética de padres sin intenciones ni poder que se encuentran a merced de sus propios hijos y de un ejército de profesionales de la patología social, y ve el trabajo de la Justicia Juvenil americana como el causante de la sustitución de la autoridad paterna por la autoridad estatal (Lash, 1977). En lo que se refiere a la educación, Richard Johnson también destaca que «la obsesión de principios de la época victoriana por la educación de los pobres se comprende mejor como un asunto de autoridad», un asunto que constituía «un intento sumamente ambicioso de determinar, a través de la conquista de medios educacionales, los modelos de pensamiento, sentimiento y comportamiento de la clase obrera» (Johnson, 1970; p. 119).

Sin embargo, como continúa diciendo Johnson: «en sí misma esta conclusión no nos lleva muy lejos». La dificultad aquí recae en fijar la atención en las intenciones y fines indicados de los dirigentes morales, a costa del estudio sobre cómo funcionan realmente los productos de esta empresa, y, al igual que la «familia vigilada» de Donzelot, los hombres y mujeres de la clase obrera que se supone que son el objeto de toda esta actividad permanecen pasivos y en silencio. Se supone que todo el impulso para el cambio venía de los dirigentes morales de clase media, que el papel de los hombres, mujeres y niños de la clase obrera siempre se iba a oponer a sus esfuerzos, y que la única posición que iban a aceptar las familias de la clase trabajadora era la de la «resistencia» (p. ej. *Sydney Labour History Group*, 1982; p. 11). Una propuesta de control social dificulta la comprensión de las formas en que las familias de clase obrera utilizaban el sistema de protección a la infancia para sus propios fines, al igual que interpretaban mal la fuente del control que se estaba ejerciendo. Los valores y creencias sobre la infancia y la vida familiar arraigadas en el trabajo de los organismos de bienestar infantil no eran simplemente los de la clase gobernante o la clase media de profesionales, sino que eran compartidas por todas las clases, especialmente en la distinción social entre los de buena y mala educación, que a menudo era análogo a la distinción entre los cualificados y los no cualificados.

Para comprender suficientemente los aspectos concretos del desarrollo histórico del bienestar infantil es necesario hacer uso de conceptos más amplios que simplemente «la creciente intervención del Estado» o la expansión del «complejo tutelar»: las condiciones políticas y económicas cambiaron de manera particular, al igual que lo hicieron las teorías de la delincuencia juvenil y la forma de evitarla, pero los efectos de estos cambios fueron también variados y complejos. Junto con toda la discusión del impacto de las ideas, la política y la práctica ya cambiadas de los burócratas y dirigentes morales en relación con la infancia, tiene igual importancia examinar el papel representado por los cambios en las condiciones materiales y políticas de la vida misma de la clase obrera en el desarrollo de una política social por parte del Estado para regular la infancia. Mi primera meta teórica es, pues, destacar que la propuesta del control social es inadecuada para explicar la relación entre el Estado y la vida familiar, y que debemos tomar seriamente la posibilidad de que los hombres y mujeres de la clase obrera participasen activamente en la construcción del tipo de vida doméstica y moralidad familiar que no sólo hacía posible una frontera borrosa entre el Estado y la vida familiar, sino que la fomentaba positivamente.

En segundo lugar, es también importante cuestionar el verdadero impacto de la racionalidad técnica y científica sobre la infancia y la vida familiar. El contexto ideológico y político más amplio era el del énfasis sobre la eficacia social, la racionalidad, y un acercamiento científico a la gestión de los problemas sociales; una de las características más notables del bienestar infantil entre los años 1918 y 1939 fue el intento de ejecutar la acción de manera más científica, sistemática y eficaz. Un comentarista australiano describió el ambiente político como «una fe en el poder de una burocracia experta que dedicara las habilidades tecnológicas y científicas a la mejora de toda la sociedad», (Roe, 1976; p. 184) una fe que resonaba con el progresivismo americano así como con el fabianismo inglés. Además se ha seguido la influencia de la «ciencia» en relación con el darwinismo social (Goodwin, 1964) y sobre todo hubo una transición de un ambientalismo optimista anterior a la I Guerra Mundial hacia un énfasis más práctico y determinista de la herencia y la biología en los años más duros entre las guerras (Bacchi, 1980). Este periodo vino marcado también por una preocupación hacia los «defectos mentales» y la «debilidad mental» como solución para los problemas sociales (Cawte, 1986), y se puede encontrar la influencia del planteamiento científico en la sociología australiana (Bourke, 1981), la educación (Connell, 1980; McCallum, 1983; Cashen, 1985), la reforma urbana (Davison, 1983), la psiquiatría (Garton, 1988), el derecho penal (Garton, 1986a) y el bienestar infantil (Garton, 1986b).

La literatura se concentra en los «hombres de ideas» supuestamente influyentes y en las formas en las que circulaban las ideas concretas sobre el enfoque científico por los círculos intelectuales de médicos, abogados, psiquiatras y políticos más destacados de Australia. En otras palabras, hay una inclinación hacia una historia de ideas, discursos y formas institucionales más que hacia la práctica. Mientras que los defensores de la racionalidad científica nueva pueden haber pensado que «ellos tenían la llave de la política social en la ciencia más que en la moralidad» (Garton, 1986b; p. 28), esto sólo nos habla de los contenidos de sus mentes, y aunque resulte interesante, no podemos dar por sentado que correspondan a lo que en realidad sucedió. El análisis de Kerren Reiger sobre los intentos por llevar a cabo un gobierno racional y científico de las relaciones personales y la vida doméstica (Reiger, 1985) muestra que merece la pena tanto identificar la manera en la que tuvieron éxito los movimientos para racionalizar el pensamiento y los estilos de vida sociales modernos, como identificar sus límites, y descubrir lo que ocurre cuando nos acercamos a los nuevos discursos del gobierno racional con escepticismo. Como ha dicho el historiador australiano Jill Roe, las actitudes del siglo XIX «no sólo sobrevivieron; fueron reforzadas de manera activa» (Roe, 1976; p. 106; véase también Cashen, 1985; p. 83). Por tanto, es esencial investigar la posibilidad de que los cambios que sucedían tuvieran efecto a nivel de lengua y terminología, mientras que la práctica institucional diaria o permanecía más o menos igual, o cambiaba en respuesta a otros desarrollos sociales muy distintos.

## **La realidad del bienestar infantil**

Los argumentos fundamentales para los cambios en el bienestar infantil provenían de aquéllos que estaban en la posición clave de la burocracia del Esta-

do, siendo el centro más importante la política y la preocupación por la prevención de delitos: ése era el núcleo sobre el que giraban los pensamientos de los administradores y políticos realistas. La manera más liberal de describirlo era desarrollar «ciudadanos» con un sentido apropiado de las obligaciones así como de los derechos, pero este argumento tendía en gran medida a cruzarse con una aproximación de derecho y orden y a apoyarla, «racionalizándola» de hecho, sosteniendo que también resultaría más eficaz un acercamiento más humano a la prevención del delito entre los menores. Sin embargo, es importante examinar algo más que simplemente los argumentos para el cambio: también debemos examinar el funcionamiento real del sistema del bienestar infantil. La evidencia histórica que encontramos en Australia no demuestra ni «una apresurada preocupación por el bienestar de los niños vulnerables» (Dickey, 1979; p. 53), ni una imagen de una clase obrera ingobernable disciplinada por las tropas de vanguardia de la intervención burguesa del Estado. El que se esté disciplinando y controlando a los niños en cuestión, normalmente de manera cruel e insensata, está fuera de toda duda; el control era el único fin de las instituciones de protección a la infancia (Humphries, 1981; pp. 209-239; Williamson, 1983; Willis, 1980). Tenía gran importancia tanto la cuestión de si los padres habían perdido el control de sus hijos o no, como la de si abusaban de ellos o si les podían mantener.

Sin embargo, variaban la fuente y base de ese control. En primer lugar, había casos en los que los mismos padres o parientes pretendían o consentían de manera activa en que al niño se le recogiese en el sistema de protección a la infancia. Las proporciones eran distintas de una época a otra, y, por supuesto, se ciernen dudas sobre la exactitud de los datos, pero cerca del 40 % de las admisiones en tres registros de entrada de instituciones de protección a la infancia dejan constancia de la solicitud o consentimiento del padre o pariente. Existe una diversidad de razones detrás de tal actitud. Por ejemplo, un viudo con cuatro hijos en *Benevolent Asylum* por el año 1900 dijo a una escuela laboral de niños que no podía controlar a su hijo, «quien de manera regular se marchaba de casa y no iba a la escuela, y quería meterlo en una escuela de formación laboral, dispuesto a contribuir a sus gastos de mantenimiento». La atención de un muchacho adolescente normalmente resultaba una carga para un padre o para una madre solos, siendo difícil tener lo suficiente para vivir ellos mismos; la admisión en una escuela laboral se podía considerar como un favor, aunque fuera cruel y forzado por las circunstancias. La admisión en una institución también funcionaba como una especie de internado para la clase obrera, un régimen más estricto en donde se enderezaría a los hijos, dada la falta de responsabilidad en su emplazamiento familiar. Un padre dijo que no tenía ningún control sobre su hijo, y que estaba dispuesto a volver a acogerlo en el transcurso de unos meses, con tal de que el chico mejorase su conducta por la disciplina. Además, un compromiso insuficiente a un trabajo ético podría crear un «incontrolable», y cuando se captó la imaginación de la juventud australiana, se convirtió también en una razón cada vez más común para la «pérdida de control».

Sin embargo, para las chicas la incontrolabilidad tendía a centrarse en primer lugar en su comportamiento sexual, con la Escuela Laboral para Chicas designada especialmente para la «delincuencia sexual», y aquí también los mismos

padres eran a menudo los que promovían que se entregase a las hijas al sistema de protección a la infancia. Las chicas sufrían bastante de un criterio sexual doble en el que se las culpaba por ser víctimas. Si eran menores de edad y habían sido violadas, las chicas tenían la probabilidad de ser institucionalizadas como si hubieran cometido el delito. Esa protección tenía algo de lógica, pero resultaba horrible. De forma similar, en los casos de incesto, la persona con menos poder, la chica, era la que a menudo recibía el castigo. Por otra parte, las chicas de clase obrera que normalmente no se comportaban apropiadamente y no se dedicaban a la vida doméstica y obediencia femenina, en especial en las fronteras de un imaginado o interpretado encuentro sexual, estaban sujetas a la intervención del Estado. Casi el 80 % de las niñas que ingresaban en la Escuela Laboral para Chicas eran admitidas con este tipo de acusación, el de «caer en el oficio del delito».

El segundo tipo de casos es el que no sabemos nada de la posición de los padres, si han cometido suicidio, han estado en la cárcel o en alguna institución psiquiátrica, etc., y cuando no hay familiares o amigos que puedan ayudar a atender a los hijos. Por ejemplo, en 1910 se admitieron en la Escuela Laboral para Chicas dos hermanas de 12 y 13 años de edad bajo la acusación de abandono, y a su ingreso se declaró que habían estado «vagando por las calles y en compañía de jóvenes». Se detalla además la desdicha del matrimonio de sus padres, el intento de suicidio del padre, el posterior encarcelamiento, y su dimisión como profesor de escuela.

En tercer lugar nos encontramos con un conflicto de normas y valores en los registros, juicios sobre la idoneidad de la persona como padres, que puede que tenga o no que ver con el bienestar del niño. Casi el 20 % de las admisiones en otra institución para chicos, por ejemplo, dejan constancia del carácter de los padres en términos tales como «la mala moral, la embriaguez, vivir en adulterio o el alcoholismo». Los otros 80 % restantes eran «buenos, respetables, satisfactorios o no se conocía nada en contra de ellos». El comportamiento sexual de las mujeres y la relación de los padres y madres con el alcohol parece que fueron los criterios más importantes por los que se juzgaba a la gente junto con la independencia económica, la limpieza, la asistencia a la escuela y la iglesia; y para las mujeres, la vida doméstica, aunque un fracaso en un área parecía ir junto con un fracaso de todas las demás. Las familias, vistas por los funcionarios públicos, que necesitaban reforma y reeducación normalmente se encontraban en las «barriadas de la ciudad, en las chabolas de los suburbios periféricos y en las numerosas casas portuarias». Los distritos rurales más apartados de Nueva Gales del Sur se consideraban también fuentes peligrosas de vida familiar poco decente. Se daban tipos de situaciones familiares que sufrían el moralismo estatal, y podría considerarse que estaban sujetos al control, estudio y disciplina que trae consigo la imposición de un conjunto de normas y valores desconocidos. Es en este campo donde se manifiestan de manera más fuerte la crueldad indiscriminada, la intolerancia de desacuerdos y los efectos sociales del poder absoluto en la acción estatal. Se decía que la gran ventaja de la libertad condicional, según sus partidarios, era, más que el hecho de quitarse de en medio a los hijos, la reeducación efectiva de la familia como conjunto. Sin embargo, este tipo de caso suponía una minoría en el trabajo del Juzgado de Menores; la «gran mayoría»

de los chicos que llegaban al Juzgado habían cometido delitos «comunes a la juventud», tales como «las peleas callejeras, subirse a los tranvías en marcha, bañarse en lugares públicos, el robo en huertos o jugar al fútbol en la calle».

El número de familias a las que se consideraba «inmorales y viciosas» descendió a medida que transcurría el siglo XX, con una mayor alusión a la falta de respetabilidad paternal, la bebida, la prostitución y el robo, en las primeras páginas de los libros de ingresos en instituciones que en la segunda mitad de éstos. El cambio aparente de centro de atención, esto es, de reformar al niño a reformar su ambiente, que era esencial para la introducción del Juzgado de Menores, encubría el hecho de que no iba a cambiar la estrategia para los niños institucionalizados, y la reforma del ambiente tenía lugar para los niños que previamente no habían sido «reformados». No obstante, en vez de denunciar a sus hijos como borrachos, ladrones o prostitutas, a las familias de clase obrera se les daban conferencias sobre la necesidad de garantizar la asistencia a la escuela y a la iglesia, de alejar a los hijos de las casas de los vecinos, de que las hijas pasaran las noches en casa, etc.

Si se examina con más detalle el funcionamiento de la libertad condicional se puede ver que las peticiones públicas hechas antes y después de 1905 daban una impresión falsa de lo que realmente suponía. Más que la liberación y humanización de las prácticas de la protección a la infancia, era el aspecto de la centralización y mejora de la clasificación el que de hecho determinaba los cambios reales que había supuesto la Ley de 1905. En vez del punto de vista de protección de la libertad condicional que llevaba a la posibilidad de que se realizase la institucionalización, se tendía a añadir la libertad condicional y el Juzgado de Menores al grupo de niños que se sometía a la supervisión del Estado. En la revisión de 1907 del funcionamiento de la Ley de 1905, por ejemplo, el subinspector de la Jefatura de Policía de Balmain dijo que «las actividades del Juzgado de Menores habían ayudado mucho a regenerar a los niños desatendidos, y a sus padres a tener un mejor sentido de sus respectivas obligaciones de lo que tenían hasta ese momento». En otras palabras, el Juzgado de Menores fomentó que la policía pusiera cargos a niños quienes antes sólo habrían sido advertidos o amonestados.

Hacia 1915, el tipo de desaprobación moral que anteriormente se había dirigido a las clases inferiores, recibía ahora un nuevo objeto, las familias aborígenes, en especial las que tenían hijos mestizos. De nuevo, este tipo de actitud y prácticas asociadas con ella suponía claramente la imposición por parte del Estado de una moralidad intolerante de los efectos sociales de la pobreza. Sin embargo, en términos generales, parece que la mayor parte del trabajo de protección a la infancia se había convertido en casos de destitución y en casos de padres que se suponía que no tenían mucho éxito en la socialización de sus hijos, tanto según su propio juicio como del de las autoridades de protección. En relación con la cuestión del control social, mientras que es cierto que una vez se exceden, se encuentran sujetos, por supuesto, al control de la autoridad, la coacción que conducía a la mayoría de los niños al Juzgado no venía de los funcionarios estatales o de los organismos, sino de otras fuentes: la fuerza de las circunstancias los parientes, vecinos o los padres mismos.



## ¿Bienestar infantil científico?

Aunque la administración del bienestar infantil en Nueva Gales del Sur iba de un cuestionamiento y crisis a otro, a nivel conceptual hubo un desarrollo gradual hacia lo que se presentaba como una comprensión más científica de la práctica de la protección a la infancia. Uno de los primeros reformadores, Arthur Renwick, vio su trabajo como una «ciencia social» y consideró que se basaba en el conocimiento que se derivaba de la experiencia y que aspiraba a cambiar ciertas condiciones sociales. Sin embargo, las explicaciones se quedaron en un nivel muy simple de discusiones sobre las instituciones ejemplares del extranjero tales como Mettray y Rauhe Haus, sobre la mejor conveniencia de la atención familiar frente a la institucional, sobre la importancia tanto de la asistencia a la escuela como del ambiente moral del niño, y fue Charles Mackellar quien añadió por primera vez la contribución de la psicología, subrayando la importancia de la deficiencia mental, su papel en la producción de la delincuencia, así como la importancia de hacer algo a través de la prueba sistemática y la supervisión psicológica de los niños, y la disposición de una amplia gama de instituciones especializadas. Sin embargo, dado el concepto imperante de relación íntima entre la inmoralidad y la deficiencia mental, es muy probable que el proceso de pruebas funcionase de forma fortuita. Un informe oficial de 1920 encontraba que en la práctica, a menudo, se enviaba a los niños a una institución de débiles mentales sin haberles realizado ningún tipo de prueba, y los niños que se consideraban inmorales eran considerados automáticamente «débiles mentales».

La base teórica para las pruebas psicológicas y vocacionales venía de los organismos ajenos al bienestar infantil, generalmente a través del Departamento de Educación (Cashen, 1985), pero dentro del Bienestar Infantil también se desarrollaba un cuerpo de teoría acerca de un tema que se podía considerar propio: la libertad condicional. «La teoría de la libertad condicional» es un ejemplo clásico de un grupo de ideas propias que derivan de la experiencia de un grupo de trabajadores, filtradas por el sentido común y posteriormente, en menor medida, de la teoría producida desde fuera del bienestar infantil. Uno de los vehículos principales para la producción de la teoría de la libertad condicional fue la primera conferencia de funcionarios de libertad condicional en Nueva Gales del Sur que tuvo lugar en 1912. El argumento principal fue que con el fin de producir eficazmente buenos ciudadanos se tenía que educar al niño antes que castigarlo, y esto se podía conseguir en gran parte a través de la educación de los padres, y en especial de la madre. «Cuando hay buenas madres hay buenos hijos. La madre tiene que llevar el peso de la batalla». El transformar a un chico «envilecido por el tremendo efecto de la pelea de un borracho el sábado por la noche» en un «ciudadano moral y saludable» sólo era posible si el ambiente del hogar se situaba en un «plano superior».

Casi una década después, en 1920, se desarrolló este marco ideológico básico cuando se comenzó a crear una literatura de la juventud, con títulos tales como *Reconstructing Behaviour in Youth*, (Healy, 1929) y *Youth in Conflict*, (Van Waters, 1926). Estos dos libros representaban las corrientes más importantes en la literatura sobre la juventud del periodo que comenzaba en 1905 con el trabajo

de G. Stanley Hall sobre la adolescencia, y se utilizaron dentro del bienestar infantil australiano para ampliar la formación teórica y científica de los funcionarios del bienestar infantil. En 1936 comenzaron a reunirse regularmente los viernes entre las 4 y 5 de la tarde; la finalidad de las reuniones era la siguiente:

«Quiero que nuestro nivel de trabajo asuma un plano más elevado de lo que tenía en el pasado... tendremos que comprender que, con el avance en ideas respecto al Bienestar Infantil por todo el mundo y la gran atención que se le presta en Ginebra, hemos llegado al punto en el que debemos dirigir nuestro trabajo sobre una base científica» (YACS misc. corr., StaNSW 9/6153).

La «ciencia» del bienestar infantil consistiría en el conocimiento que proviene de la experiencia práctica de los funcionarios del ámbito y del estudio de las prácticas en el extranjero, así como de simples y ordenadas nociones centrales en cualquier burocracia. En las reuniones también se discutían capítulos del libro de Healy que trataban de la modificación de tendencias conductuales indeseables en los acogimientos familiares, tales como los robos, las escapadas de casa, el absentismo escolar, la actividad sexual «excesiva», el mojar la cama y los problemas conductuales, como ser «testarudo, ingobernable o muy desobediente» y «peleón». El libro de Miriam van Waters, *Youth in Conflict*, representaba el ala ambientalista de los nuevos planteamientos científicos, trataba más de la Justicia Juvenil y la libertad condicional, concentrándose menos en las pruebas psicológicas y más en el contexto social de la «juventud moderna en conflicto». Trataba los efectos de la escolarización, trabajo, matrimonio y vida familiar, reclamando un cambio de énfasis de «los fines económicos transitorios y la búsqueda de poder» a «los fines biológicos primarios de una infancia saludable» (p. 284). La autora estaba montando una crítica de la modernidad y el consumismo, de las formas en que «la satisfacción de ganar dinero y gastarlo excedía los fines primarios y más fundamentales de nuestra vida». Sin embargo, la recuperación de los lazos comunitarios y familiares tendría que tener lugar con la ayuda de un fenómeno totalmente moderno: la ciencia (p. 238). El objetivo era conseguir calor, autenticidad y comunidad humanas científicamente informados y controlados.

También había una clara idea del papel político que se podía desempeñar siendo científico. El bienestar infantil había estado bajo un asedio político casi constante durante los últimos 20 años, su imagen a los ojos del público y de la burocracia estatal había sido pobre desde el principio, pero la introducción de la ciencia lo cambiaría todo. Reforzaría la imagen del bienestar infantil y su capacidad para contrarrestar la crítica y el ataque, y para proteger sus acuerdos y desarrollos de las burocracias ajenas. La ciencia ayudaría a defender y mantener los límites organizativos del bienestar infantil.

«Tengamos nuestra propia ciencia y elevémosla a la escala más alta posible. Quiero poder decir cuando me marche de este Departamento que no queremos que ninguna persona ajena ocupe puestos ejecutivos... Quiero que seáis capaces de convencer al público y a la Junta de Servicios Públicos de que no pueden conseguir ningún funcionario que no sea del Departamento con tanta experiencia en los problemas del bienestar infantil, como los funcionarios que actúan dentro del Departamento» (YACS misc. corr., StaNSW 9/6153).

La ciencia era su «salvación», no sólo en el sentido de mejorar la calidad del trabajo del bienestar infantil, de rescatar a la juventud, la familia y la comunidad de la alienación y la ruptura, sino también en el sentido más pragmático y político de reforzar la posición del bienestar infantil en relación con otras opciones, los demás servicios públicos, la prensa y el público. Éste es un elemento central en los procesos de profesionalización (el desarrollo de un cuerpo específico de conocimiento es de suma importancia para todo grupo ocupacional que defiende sus fronteras) y una medida de la vulnerabilidad del bienestar infantil fue su incapacidad para hacerlo de manera convincente.

A pesar del servicio prestado para unir modernidad y ciencia, un rasgo importante del papel de la ciencia, psicológica o social, dentro de los organismos del bienestar infantil fue en realidad su impacto mínimo. Se dio un cambio hacia la explicación de las cosas más en términos de mecanismos psicológicos y en estructuras y procesos sociales más amplios, pero en cierto modo tan crudos que en realidad no fueron más allá de los primeros análisis. En las reuniones semanales de los inspectores, por ejemplo, toda discusión teórica se quedaba dentro del marco de las actividades e ideas previas de los propios inspectores y las confirmaba; pocas veces se daba algún intento de desafío e innovación, a lo más se criticaba la ineficacia del sistema. Al final se volvía a caer en las ideas «buenas pero pasadas de moda», tales como la importancia de un hogar «bueno, limpio y saludable». En una reunión semanal, Wood explicó su teoría de la «voz de la sirena de barco»:

«... no debemos pasar por alto los métodos del viejo capitán que tenía una voz como la sirena del barco, y no olvidaba utilizarla en ocasiones para que alguien supiera lo que pensaba de él. Hay momentos y juventudes en las que la «voz de la sirena de barco» o una repentina explosión de cólera podría ser eficaz» (YACS misc. corr., StaNSW 9/6153).

La literatura científica, que ya estaba limitada, jugaba un papel relativamente menor comparado con este tipo de orgullo casero. Sobre todo había una potente mezcla del moralismo y sentido común del siglo XIX que intentaba explicar las cosas en términos de la psicología y el ambiente. La libertad condicional se veía constantemente como una combinación de la búsqueda de antecedentes sociales con nociones de la «limpieza» que habrían tenido en sus hogares los reformadores del siglo XIX.

Los años de la Depresión introdujeron cambios en la forma en que se percibía el bienestar infantil; hubo un reconocimiento oficial más fuerte del papel que jugaban las condiciones económicas. El Informe Anual de 1930-1931 avisaba de que todo su tono «se vería seriamente afectado por la fuerte crisis industrial y financiera por la que estaba pasando el Estado», y continuaba mencionando cuestiones tales como la desigualdad de ingresos y oportunidades, y el «temido fantasma del paro» y cómo eso minaba el trabajo de bienestar infantil. Por una parte se decía que las condiciones económicas imperantes aumentaban la carga de trabajo de los organismos de bienestar infantil; las instituciones se estaban saturando, «ya que los padres habían dejado de solicitar la salida de las niñas debido a la dificultad para colocarlas en puestos o mantenerlas ocupadas en los hogares donde otros miembros de la familia ya estaban sin empleo». Se

esperaba que el desempleo, «ociosidad y demasiado tiempo libre junto con la mayor tensión de la pobreza» aumentase el número de casos presentados ante la Justicia Infantil, pero:

«Resulta raro decir que lo que ocurrió fue lo contrario, y la causa posible de este descenso indica que la presencia del padre sin empleo en las casas, y en muchos casos las madres en paro, quienes anteriormente no se encontraban en casa durante el día, hacía que se mejorase el gobierno del hogar lo que facilitaba a los padres el mejor ejercicio de la supervisión sobre las actuaciones de sus hijos» (CWD AR 1930-31:9).

Se propuso aquí una teoría bastante nueva, que el desempleo podía prevenir la delincuencia juvenil en vez de producirla, reforzando los lazos familiares, estimulando la solidaridad frente al infortunio y haciendo más fuerte la vida familiar en oposición al mundo público del trabajo. Ciertamente, la proporción de niños bajo protección en Nueva Gales del Sur descendía, y la explicación de esto encaja con la crítica de los efectos de la «sociedad industrial moderna» sobre la vida familiar, pero no debemos aceptarla como la correcta. La policía, la justicia y los funcionarios de bienestar infantil pueden haber estado funcionando de manera diferente, aplicando la ley con distintos criterios. Sea cual fuere la explicación, por lo menos está claro que la relación entre el infortunio y la delincuencia juvenil no es directa.

Las autoridades de bienestar infantil vieron los primeros cuarenta años del siglo XX como un periodo en el que las condiciones de la vida familiar, la infancia y la juventud habían cambiado espectacularmente desde el siglo XIX. La educación de los hijos se había hecho más tolerante y agradable, los niños buscaban el «entretenimiento y la formación» fuera de las casas, y el Estado jugaba un mayor papel en la educación y formación de los niños. Se consideraba que estos cambios habían producido unos resultados mixtos: por una parte, «la comunidad prototípicamente es hoy en día más viva, alegre, perspicaz y posiblemente más artística», y los niños modernos resultaban más «seguros de sí mismos». Por la otra, «el encanto del placer fácil y la tendencia al egoísmo y la falta de moderación son opuestos al cultivo de esa disciplina de carácter que se muestra en el sentido del deber». Por lo tanto se planteaba un problema básico: cómo mantener la disciplina social y el orden frente al acercamiento más tolerante a la educación del niño y la cultura consumista, el «encanto del placer fácil» y la «falta de moderación», cines, salones de baile, etc. El concepto de «ociosidad» del siglo XIX no había desaparecido, pero se complementaba con una noción más sofisticada del «ocio», cómo se debería llenar el tiempo libre de los jóvenes y cómo se debe apartarlos de la calle.

La solución estaba en centrarse en el niño, que es lo que ahora resulta un rasgo central determinante de la vida familiar moderna, pero que en este periodo recibió un fuerte empuje, en el que se hizo importante para los padres «entrar en contacto» con sus hijos. Sin embargo, es importante recordar que el papel en expansión del Estado y de otras organizaciones en la vida familiar tenía el efecto de aumentar el énfasis ideológico sobre la centralidad de la familia más que socavarlo, puesto que la vida familiar tenía más que compensar. No se había perdido la hostilidad implacable hacia las familias «impropias» que caracterizaba a

salvadores de los niños en el siglo XIX, ni tampoco su sentimiento de que el dominio político del Estado sobre la familia era algo deseado y necesario. Aunque la individualidad de la familia fuese importante, la forma en que se debería tomar vendría determinada colectivamente por los funcionarios del Estado.

En términos de explicación y análisis hubo un cambio de las preocupaciones morales del siglo XIX a un énfasis del desarrollo psicológico, la dinámica familiar y las presiones sociales sobre la vida familiar. Sin embargo, esto representaba un cambio del tono más que del planteamiento de fondo. Todavía se decía que las familias eran «buenas, limpias y saludables», y se cuestionaba si el trabajo de bienestar infantil diario se veía muy afectado. Con solo rascar un poco bajo la superficie de las prácticas institucionales cotidianas, se evidenciaban pocas muestras de ciencia o racionalidad, y de que, si los funcionarios de bienestar infantil recibían alguna formación, ésta era muy rudimentaria. Lo que sucedía en la protección a los menores era más una racionalización fortuita de la lengua y el discurso que de la práctica y las estructuras. Kerreen Reiger (1985) ya ha señalado que la contradicción entre la racionalidad técnica aplicada a la esfera doméstica y las nociones dominantes de la naturalidad y la feminidad, y la evidencia del funcionamiento del bienestar infantil indica que había otras contradicciones igualmente fundamentales en este trabajo: con el pragmatismo, sentido común, imperativos burocráticos e inercia, y con un punto de vista subyacente del siglo XIX de que la naturaleza humana es una cuestión de conceptos muy poco científicos como la «bondad», «salud», «limpieza» y «polución». Barbalet (1983) hace unas observaciones similares del trabajo de los funcionarios del Departamento Estatal de Infancia del Estado de Australia del Sur, quienes «a pesar de su enfoque práctico... algunas veces se aferran a las creencias más acordes con la caridad victoriana que con las del bienestar social del siglo XX» (pp. 217-218). La mayoría de opiniones australianas sobre el papel de la ciencia en este periodo se polarizaba, o bien hacia un papel de ruptura o transformación, de cambio del paradigma de «moralidad» por el de «ciencia», o bien por el de David Rothman (1980), de fracaso de la reforma progresiva en términos de «convivencia administrativa»; en contraste, la evidencia sugiere que más bien había una mezcla de corrientes, una superposición de estratos. Los funcionarios del bienestar infantil actuaban como el molinero de Carlo Ginzburg (1984), Menocchio, que superponía sus modelos del mundo y del comportamiento humano, prerracionales y profundamente arraigados, con una terminología y conceptos nuevos, más que intercambiando simplemente uno por otro.

## **La infancia, el cambio económico y la intervención del Estado**

No se deben ver los cambios en las relaciones entre la infancia y el Estado como algo independiente de la serie de desarrollos que afectan de manera general a las relaciones entre el Estado, los niños y la familia en las sociedades industriales. Las características políticas distintivas de la sociedad australiana en este

periodo eran los continuos cambios en las relaciones de clase y el creciente grado de intervención del Estado, tanto en la estructura de las relaciones económicas como en la sociedad civil como conjunto. Aunque es importante destacar que toda creciente abundancia entre los trabajadores cualificados iba acompañada de una pobreza continua o en aumento para los no profesionales (Fisher, 1982), también es verdad que en términos generales la creciente organización política y actividad del movimiento obrero desde los años 1870 iba a producir una clase obrera que, aunque no adquiriera mejores salarios y condiciones, tendría un protagonismo que pensaba que se podría adquirir por medio de la reforma parlamentaria y la intervención del Estado. Según se fue organizando el movimiento obrero, su liderazgo penetraba lentamente en el parlamento y en las organizaciones de partidos políticos, y continuaba funcionando en términos de integración de clases y consenso, a pesar de alguna ruptura ocasional de conflictos de clase, serios y públicos, en riñas particulares. Connell e Irving hablan de la «institucionalización» de los intelectuales de clase obrera y argumentan que hacia 1900 «existía un solo medio intelectual donde los intelectuales liberales y laboristas se reunían para producir el discurso del laborismo» (Connell y Irving, 1980, p. 201). Al Estado se le consideraba como el organismo que podía remediar las quejas que los trabajadores tenían con los patronos, siendo la más importante la falta de un salario para que muchos trabajadores pudieran vivir.

No es que la burguesía no considerase al Estado como mediador potencial de los conflictos laborales, en particular a través del sistema legal y de la actuación de la policía como cuando se trata de disolver huelgas. Pero como Stephen Garton lo ha denominado, hacia finales de siglo «hubo un acuerdo general, por un amplio abanico político, de que el Estado era la herramienta que se debería utilizar de manera más general para la reconciliación del conflicto social y la mejora de sus consecuencias» (Garton, 1982, p. 161). Era un contexto político favorable para actualizar y renovar las estrategias de las viejas cuestiones que se resisten a desaparecer, tales como los delitos y el orden social. El ambiente político de la expansión del Estado no sólo estimulaba las reformas en el bienestar infantil mismo, sino también en otras áreas que tendrían su propio impacto sobre dicho bienestar infantil. El refuerzo más estricto de la educación obligatoria, por ejemplo, dió a los funcionarios de protección a menores el trabajo de perseguir a los que se ausentaban de la escuela, dirigir escuelas para éstos y permitir el comercio callejero y las actuaciones de los niños con el fin de que la mayoría volviera a la escuela. La asistencia a las aulas se hizo además un criterio importante por el que se juzgaba la idoneidad de una familia.

Este ambiente general del intervencionismo del Estado era una de las condiciones políticas claves que permitía la expansión y el desarrollo del bienestar infantil. Otra era la que John Gillis (1975) llamaba la «institucionalización de la adolescencia», con una utilización libre de la institucionalización para incluir así la supervisión y la organización. Gillis establece la opinión de que para la juventud de la clase obrera entre los años 1890 y 1914 la creciente organización de sus vidas, en forma de escuelas y organizaciones juveniles, se consideraba ilegítima e innecesaria. En Australia el comercio callejero era un suplemento muy necesario para los ingresos familiares, y de hecho las escuelas no parecía que tu-

vieran mucho fin o porvenir. De igual forma ocurría que en Australia el «ciclo de organización y resistencia continuó durante casi dos décadas hasta que el modelo de la adolescencia organizada fue aceptado de manera más general» (Gillis, 1975; p. 97). Para comprender por qué se institucionalizó la adolescencia, nos tenemos que remitir a las transformaciones que tuvieron lugar en la experiencia de la infancia y la juventud, en especial para la clase obrera, que necesitaba apoyo político y económico.

Aunque se podría decir que con la industrialización cambiaba la naturaleza del trabajo, de tal forma que la «distancia» entre la infancia y un trabajador adulto y competente aumentaba, forzando a los niños y jóvenes de clase obrera a dejar sus trabajos y lanzarse a una existencia independiente que fomentaba la delincuencia y los intentos por organizarse, las quejas por la juventud sin rumbo se remontaban a fechas anteriores (Pinchbeck y Hewitt, 1969; 1973; Pearson, 1983), y en ese momento la escuela sólo afectaba a los niños de hasta 14 años. El índice de participación de la mano de obra de entre 15 y 19 años en 1911 era del 85 % para los hombres (hasta mitad de la década de los 30) y del 42 % para las mujeres (que aumentaba gradualmente) (Keating, 1973; pp. 340-341). Para los menores de 14 años, en campos no cualificados como el trabajo en fábricas era posible emplear menores, por lo que había demanda de mano de obra infantil. Por otra parte, los índices de la participación de la mano de obra para los que tenían 10-14 años contradice esta afirmación: el 15 % para los chicos y el 2 % para las chicas (Keating, 1973; pp. 340-341). La gran mayoría de los que se encontraban en esa edad parece que no han estado trabajando. De manera similar, los sectores de mano de obra en donde se aumentaban los requisitos educativos, el sector de servicios, tiendas y oficinas, crecían: el sector de servicios representaba el 48 % del empleo hacia 1910-1911 y el 51 % en 1920-1921 (*Industries Assistance Commission* 1977; p. 4). Uno puede decir que hipotéticamente la tendencia general era hacer mayores demandas sobre la mano de obra, de forma que cada vez más tenía sentido económico dar a los niños y jóvenes alguna «preparación» impuesta obligatoriamente por el Estado antes de entrar a formar parte de la fuerza de trabajo. Para la juventud de clase obrera esta idea de retrasar la época adulta ganaba fuerza real hacia el año 1920, puesto que ahí fue cuando la participación de la mano de obra de los jóvenes de entre 15-19 años descendió espectacularmente.

Nos podemos permitir ser menos tentativos si consideramos la cuestión en términos políticos, con la idea de que el Estado debería «hacer algo» por los niños y los jóvenes consiguiendo apoyo de algunos barrios. Para la clase media este periodo fue muy importante en sus intentos por modelar la sociedad y «la nación» a su propia imagen, con el centro de atención en la clase obrera y en especial los niños de clase obrera. La salud de la nación debe ser mejorada, si no por consideración a la ciencia misma, por razones tales como la prevención de la propagación de enfermedades: chicos poco desarrollados y débiles serían malos soldados; la falta de salud en las madres y bebés preocupaba a aquéllos que veían relación entre el tamaño de la población y la capacidad de una nación para librar y ganar guerras. Junto con la mortalidad infantil, la disminución en el índice de natalidad se convirtió en objeto de investigación y preocupación, ya que la Comisión Real sobre la disminución del índice de natalidad se lamentaba

de la utilización cada vez más común de la contracepción (Hicks, 1978). La guerra Bóer había revelado la extensión de mala salud entre los niños británicos que vivían en los suburbios, y esto a su vez produjo que algunos intelectuales se preocupasen de manera generalizada por la mala salud de la juventud de clase obrera dentro de la teoría general de la degradación urbana (Davinson, 1983).

Otro aspecto de esta degradación eran los delitos y la delincuencia juvenil, y se echaba la culpa de la delincuencia que existía en la juventud de más de 14 años al trabajo en las fábricas. Esta preocupación y ansiedad por la degradación urbana era tan antigua como las ciudades mismas, lo que era nuevo era la disposición de los grupos de clase media a hacer algo. Se crearon guarderías y jardines de infancia, en concreto en las zonas de clase obrera, se construyeron y supervisaron viviendas para los obreros, se limpiaron los suburbios, se aprobó la legislación sobre la protección a la infancia y se establecieron distintas organizaciones juveniles para «que no anduviesen por las calles»: las YM y YWCA (Asociaciones Cristianas de Chicos y Chicas Jóvenes), las Brigadas de Chicos, los Scouts y las Guías Femeninas (Maunder 1984). Los desarrollos intelectuales como el darwinismo social, la eugenesia, la génesis de la psicología infantil y las mediciones psicológicas, así como el propio interés de la profesión psiquiátrica por expandir su territorio entraron en esta preocupación, y así el Estado y sus funcionarios tomaron como línea de acción la supervisión y reestructuración médica y psicológica («científica») de la clase obrera.

Mientras que las familias de clase obrera eran el objetivo de la mayor parte de esta reforma y progreso, es difícil concretar una respuesta uniforme y coherente de la clase obrera a todo esto. Para gran parte de las personas respetables de clase obrera la educación era un medio de movilidad hacia arriba; en beneficio de la igualdad se debía hacer llegar a todos, teniendo en cuenta que el «hacerla llegar a todos» llevaba consigo la coacción por parte de algunos. El movimiento laboral necesitaba una organización, y los adultos de la clase obrera así como los burgueses veían que era importante canalizar la energía de la juventud hacia fines útiles. Si había argumentos a tenor de la clase, era más sobre lo que era útil y cómo se lograba una organización que la idea de la organización y control social en sí. De aquí que la actitud de la clase obrera hacia la institucionalización de la juventud fuera en gran parte ambivalente, había a la vez ventajas y desventajas, lo que explica la combinación de una acomodación global con resistencia esporádica a iniciativas tales como la escolaridad, las guarderías, las organizaciones juveniles y el bienestar infantil.

Este punto queda todavía más ilustrado en relación con la cuestión de la moralidad familiar, las normas y valores alrededor de lo que constituye un ambiente familiar «bueno» y «apropiado», que era lo que rodeaba al trabajo de bienestar infantil. La misma clase obrera respetable aspiraba a una forma familiar «burguesa» casándose, con un número reducido de hijos, una división sexual del trabajo y un estilo de vida suburbano (la inquietud de los grupos laborales de hombres y mujeres se dirigía a este ideal) (Game & Pringle, 1983). La parte mala del capitalismo resultaba que era no la que imponía esta forma familiar sino la que no permitía las condiciones materiales de su existencia. El centro de la política del movimiento obrero era, pues, la consecución de un salario (masculino),



un salario con el que se pudiera mantener toda una familia, y la regulación del trabajo de las mujeres y los niños para que encajase con esa primera preocupación, a costa, por supuesto, de las mujeres que quisieran la independencia económica por una razón u otra. El ímpetu hacia una forma de familia «burguesa» venía, en otras palabras, si no de la misma clase obrera, aunque por razones distintas para los hombres que para las mujeres, de los intentos burgueses por reconstruir las familias de clase obrera.

Según creció el nivel de vida de la clase obrera, aunque de manera desigual, su deseo de una vida más cómoda, como decía All de Regt (1984) para los Países Bajos, en parte se «realizaba» (p. 101) por el ejemplo del estilo de vida de una familia de clase media. Lejos de ser impuesto por la intervención del Estado, se consideraba como el equivalente a un nivel de vida superior, así como por ser estructurado por las condiciones materiales de la vida de la clase obrera. Los tiempos en los que la clase obrera tenía motivos para resistirse y rebelarse eran cuando los reformadores de clase media y los trabajadores sociales trataban de insistir en la conformidad a los niveles de la vida familiar de la clase media antes de que se establecieran las bases económicas y materiales, esto es, una situación en la que los salarios y condiciones de trabajo hacían que la domesticidad cultivada careciera de sentido (Lewis, 1980; p. 190). Éste es el motivo por el que el fin de las luchas del movimiento obrero y el feminista oscilaban entre mejorar los salarios y las condiciones y asegurar la ayuda económica estatal a las familias, de manera que ellos también pudieran disfrutar de un estilo de vida respetable.

Estas evoluciones generales se demuestran de distintas maneras en el trabajo de bienestar infantil. Durante todo este periodo, cambió el tono general de las referencias oficiales a las familias de clase obrera, cada vez se ponía más énfasis en «rescatar la generación creciente» trabajando la familia y apoyando las familias ya existentes, más que simplemente llevando a sus hijos a una institución. Se dio menor importancia a la embriaguez de los padres, al robo, la prostitución y el mal carácter moral, para enfatizar más el proporcionar un buen entorno familiar, fomentar la asistencia a la escuela y la iglesia, asegurar la limpieza, etc. Los padres mismos empezaron a utilizar el bienestar infantil como un medio para disciplinar a sus hijos «incontrolables», que a menudo quería decir que no les obedecían.

## **Discusión**

El aumento general de la intervención del Estado en la infancia fue parte de un amplio abanico de desarrollos sociales, políticos y económicos, que iban a continuar hasta las décadas de los 20 y los 30. En lo que se refiere al papel concreto que jugó el Estado, se puede concluir que la familia y la comunidad «fueron una fuente de debilidad para la clase obrera», que es la causa por la que «se convirtió en un lugar de intervención cultural por parte del Estado» con el fin de «reconstruir la cultura burguesa» (Connell y Irving, 1980; p. 202). ¿Pode-

mos ver el bienestar infantil, como ya lo han considerado algunos escritores, como parte de la afirmación del control estatal sobre la vida familiar, como un proceso de «cultivo» social (Meyer, 1983) en el que el Estado produjo el «aburguesamiento» de la vida familiar de la clase obrera?

Las evidencias disponibles del bienestar infantil en Australia me llevan a rechazar estos tipos de acercamiento a la sociología histórica de la infancia, por razones muy simples. La coacción en el trabajo dentro de las relaciones entre los niños y el Estado provenía menos de los funcionarios estatales que de la pobreza en sí o de los padres, parientes o vecinos de los niños en cuestión. Se podrían dar ejemplos espectaculares de hechos crueles realizados por los funcionarios estatales a algunas familias pobres, pero el problema es que estos casos eran los menos; en conjunto los criterios de la intervención están en demasiada correspondencia con normas y valores más extendidos que se consideraban simplemente «burgueses». Las familias con las que tenía relación el bienestar infantil quedaban fuera de la clase obrera como conjunto: su esencia ya estaba verdaderamente captada por la familia «burguesa». La clase obrera compartía una gama de moralidad familiar con la clase media por buenas razones: la limpieza, por ejemplo, era algo más que una mera obsesión burguesa. Era una manera de mantener el orgullo propio frente a la pobreza (McCalman, 1984, pp. 20-29), y era importante que los vecinos también mantuviesen ciertos criterios. Además, la moderación era importante para las amas de casa de clase obrera en términos ideológicos, dado que eran los maridos quienes se bebían su escaso sueldo, haciendo que fuera todavía más difícil mantener a la familia junta.

El sistema de bienestar infantil contaba en gran medida con la cooperación de los padres, parientes, vecinos y ciudadanos cívicos, a la mayoría de los cuales sería difícil llamar «burgueses». Behlmer tiene un punto de vista similar en relación con el funcionamiento del NSPCC (*National Society for the Prevention of Cruelty to Children*) de Inglaterra: en 1896-1897 el 58 % de las denuncias por malos tratos a niños venían del público en general, el 24 % de funcionarios asalariados tales como agentes de policía, profesores, etc., y el 18 % de las investigaciones del personal del NSPCC. Una década después la proporción de casos que el mismo NSPCC llegó a descubrir había descendido a un 10 %. Según Behlmer, el hecho es que «las clases obreras de Inglaterra confiaban en hombres malos», y aunque el trabajo de los inspectores del NSPCC a menudo suponía la imposición y la coacción, «era más probable que se considerasen aliados útiles en la lucha del pobre por mantener la respetabilidad del vecindario» (Behlmer, 1982; p. 172). El testimonio australiano apoya este punto de vista, el Estado funcionaba no como jardineros burgueses o ingenieros sociales, reestructurando las familias de clase obrera, sino en alianza con la lucha de dicha clase por la respetabilidad. El que muchos resistieran esa acción hacia la respetabilidad, en especial los niños y los jóvenes, y el que los hombres y mujeres la definieran de modo diferente, no resta valor a su fuerza total como tendencia dentro de la clase obrera como conjunto, ni tampoco al hecho de que la intervención del Estado en la infancia fuera otro producto de los desarrollos culturales y políticos generales más que un instrumento independiente en la formación de la experiencia de la infancia y de la familia.

En lo que respecta al impacto de las ideas científicas del bienestar infantil, ya consistieran en el énfasis de los psiquiatras en la debilidad mental, o en la esperanza de los ambientalistas por adoptar las formas de vida familiar o los entornos urbanos que prevendrían la delincuencia juvenil, el testimonio prueba que adoptarían una forma muy específica. Por una parte el cambio estructural parece ser parcialmente atribuible, con intención o sin ella, al cambio de énfasis desde las instituciones de bienestar infantil y el sistema de acogimiento temporal, a la preocupación ambientalista por la prevención de la delincuencia. Por otra parte se prestó más atención a la cuestión del estado físico y mental del niño, y por lo menos se hizo algún intento para adaptar su tratamiento de manera apropiada. Sin embargo, mientras que cambió la retórica, al igual que algunas de las prácticas, éstas lo hicieron de forma que conservaban bastante el enfoque moral y precientífico hacia el bienestar infantil y dejaban intacta tanta violencia diaria de la vida institucional, que el contenido científico de las nuevas prácticas —la orientación al niño, las pruebas psicológicas, la clasificación de los internos, la prevención de la delincuencia— estaba efectivamente neutralizando. Según Margaret Barbalet ha declarado para Australia del Sur, «la moralidad y la misión se encontraban en el núcleo de los métodos del personal del Departamento», cambiando sólo a finales de la década de los 30 (Barbalet, 1983; p. 215). Puede que resulte demasiado decir que la llegada de la ciencia al bienestar infantil era como el caso del vino viejo en botella nueva, pero para cuando los enfoques científicos habían entrado en el vientre de esa «bestia brutal» y habían estado sujetos a alguno de sus procesos digestivos, se ponía en duda si sus autores habrían reconocido el producto final.

## REFERENCIAS

- Bacchi, C.L. (1980). The Nature-Nurture Debate in Australia, 1900-1914. *Historical Studies*, 19, 199-212.
- Barbalet, M. (1983). *Far from a low gutter girl. The forgotten world of state wards: South Australia 1887-1940*. Melbourne: Oxford University Press.
- Behlmer, G.K. (1982). *Child Abuse and Moral Reform in England, 1870-1908*, Stanford: Stanford University Press.
- Bellingham, B. (1983). The «Unspeakable Blessing»: Street Children, Reform Rhetoric, and Misery in Early Industrial Capitalism. *Politics and Society*, 12, 303-30.
- Bourke, H. (1981). Sociology and the Social Sciences in Australia, 1912-1928. *Australian & New Zealand Journal of Sociology*, 17, 26-35.
- Cashen, P. (1985). The Truant as Delinquent: the Psychological Perspective, South Australia, 1920-1940. *Journal of Australian Studies*, 16, 71-83.
- Cawte, M. (1986). Craniometry and Eugenics in Australia: R.J.A. Berry and the Quest for Social Efficiency. *Historical Studies*, 22, 35-53.
- Connell, R.W. & Irving, T.H. (1980). *Class Structure in Australian History*. Melbourne: Longman Cheshire.
- Connell, W.F. (1980). *The Australian Council for Educational Research, 1930-1980*. Melbourne: Australian Council for Educational Research.
- Davison, G. (1983). The city bred child and urban reform in Melbourne 1900-1940. In P. Williams, (Ed.), *Social Process and the City Urban Studies Yearbook*, 1 (pp. 143-74). Sydney.
- Dencik, L. (1989). Growing up in the Post-Modern age: On the Child's situation in the Modern Family, and on the Position of the Family in the Modern Welfare State. *Acta Sociologica*, 32, 155-80.
- De Swaan, A. (1981). The Politics of Agoraphobia. *Theory and Society*, 10, 337-58.
- De Regt, A. (1984). *Arbeldersgezinnen an beschavingsarbeid. Ontwikkelingen in Nederland 1870-1940*. Amsterdam: Boom.

- Dickey, B. (1977). Care for Deprived Neglected and Delinquent Children in New South Wales, 1901-1915. *Journal of Royal Australian Historical Society*, 63, 167-183.
- Dickey, B. (1979). The Evolution of Care for Destitute Children in New South Wales, 1875-1901. *Journal of Australian Studies*, 4, 38-57.
- Donzelot, J. (1979). *The Policing of Families*, New York: Pantheon.
- Fisher, S. (1982). An accumulation of Misery? In R. Kennedy, (Ed.), *Australian Welfare History Critical Essays* (pp. 32-50). Melbourne: Macmillan.
- Foucault, M. (1977). *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. London: Allen Lane.
- Foucault, M. (1986). Disciplinary Power and Subjection. In S. Lukes, (Ed.), *Power* (pp. 229-42). Oxford: Basil Blackwell.
- Game, A. & Pringle, R. (1983). The Making of the Australian Family. In A. Burns, G. Bottomley & P. Jools, (Eds.), *The Family in the Modern World* (pp. 80-102). Sydney: Allen & Unwin.
- Garland, D. (1985). *Punishment and Welfare. A History of Penal Strategies*. Aldershot: Gower.
- Garton, S. (1982). The Melancoly Years: Psychiatry in New South Wales 1900-1940. In R. Kennedy (Ed.), *Australian Welfare History Critical Essays* (pp. 138-66). Melbourne: Macmillan.
- Garton, S. (1986a). The Rise of Therapeutic State: Psychiatry and the System of Criminal Jurisdiction in New South Wales, 1890-1940. *Australian Journal of Politics & History*, 32, 378-388.
- Garton, S. (1986b). Sir Charles Mackellar: Psychiatry, Eugenics and Child Welfare in New South Wales, 1900-1914. *Historical Studies*, 22, 21-34.
- Garton, S. (1988). *Medicine and Madness. A Social History of Insanity in New South Wales, 1880-1940*. Sydney: University of New South Wales Press.
- Gerstenberger, H. (1985). The poor and the respectable worker: on the introduction of social insurance in Germany. *Labour History*, 48, 69-85.
- Gillis, J.R. (1975). The evolution of juvenile delinquency in England 1890-1914. *Past and Present*, 67, 96-126.
- Ginzburg, C. (1980). *The Cheese and The Worms. The Cosmos of a Sixteenth Century Miller*. London: Routledge & Keagan Paul.
- Goodwin, C.D. (1964). Evolution Theory in Australian Social Thought. *Journal of the History of Ideas*, 25, 393-416.
- Hall, G.S. (1905). *Adolescence. Its Psychology and its relation to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion and education, Vols. 1 & 2*. New York: D. Appleton & Co.
- Healy, W. et al. (1929). *Reconstructing Behaviour in Youth. A Study of Problem Children in Foster Families*. New York: Alfred A. Knopf.
- Hengst, H. (Ed.) (1985). *Kindheit in Europa. Zwischen Spielplatz und Computer*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.
- Herrmann, U. (1986). Die Pädagogisierung des Kinder und Jugendlebens in Deutschland seit dem ausgehenden 18. Jahrhundert. In J. Martin & A. Nitschke (Eds.), *Zur Sozialgeschichte der Kindheit* (pp. 661-683). Freiburg: Karl Alber.
- Hicks, N. (1978). *«This Sin and Scandal» Australia's Population Debate, 1891-1911*. Canberra: Australian National University Press.
- Humphries, S. (1981). *Hooligans or Rebels? An Oral History of working-Class Childhood and Youth*. Oxford: Basil Blackwell.
- Industries Assistance Commission (1977). *Structural Change in Australia*. Canberra: Australian Government Printer.
- Johnson, R. (1970). Educational Policy and Social Control in Early Victorian England. *Past and Present*, 49, 96-119.
- Keating, M. (1973). *The Australian Workforce 1910-11 to 1960-61*. Canberra Australian National University Press.
- Iasch, C. (1977). *Haven in a Heartless World*. New York: Basic Books.
- Laurent, J. (1986). Tom Mann, R.S. Ross and Evolutionary Socialism in Broken Hill, 1902-1912: Alternative Social Darwinism in the Australian Labour Movement. *Labour History*, 51, 54-69.
- Lewis, J. (1980). *The Politics of Motherhood*. London: Croom Helm.
- Maunders, D. (1984). *Keeping them off the streets*. Melbourne: Phillip Institute of Technology.
- McCallum, D. (1983). Eugenics, Psychology and Education in Australia. *Melbourne Working Papers*, 4, 17-33.
- MacCallum, J. (1984). *Struggletown. Public and Private life in Richmond, 1900-1965*. Melbourne: Melbourne University Press.
- Meyer, P. (1983). *The Child and the State*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Minson, J. (1985). *Genealogies of Morals. Nietzsche, Foucault, Donzelot and the Eccentricity of Ethics*. London: Macmillan.
- Niestroj, B.H. (1989). Some recent German literature on socialization and childhood in past times. *Continuity & Change*, 4, 339-357.
- Pearson, G. (1983). *Hooligan, A History of Respectable Fears*. London: Macmillan.

- Pinchbeck, I. & Hewitt, M. (1969). *Children in English Society. Vol. 1*. London: Routledge & Keagan Paul.
- Pinchbeck, I. & Hewitt, M. (1973). *Children in English Society. Vol. 2*. London: Routledge & Keagan Paul.
- Platt, A. (1977). *The Child Savers*. Chicago: University of Chicago Press.
- Postman, N. (1982). *The Disappearance of Childhood*. New York: Dell.
- Qvortrup, J. (1987). Childhood as a Social Phenomenon. Implications for Future Social Policies. *Eurosocial Newsletter*, 46, 17-23.
- Reiger, K. (1985). *The Disenchantment of the Home*. Melbourne: Oxford University Press.
- Roe, J. (1976). Leading the World? 1901-1914. In J. Roe (Ed.), *Social Policy in Australia. Some Perspectives 1901-1975* (pp. 3-23). Sydney.
- Roe, M. (1976). The Establishment of the Australian Department of Health. *Historical Studies*, 17.
- Rothman, D. (1980). *Conscience and Convenience. The Asylum and its Alternatives in Progressive America*. Boston: Little, Brown.
- Sevenhuijsen, S. & Withuis, J. (1984). The Policing of Families. In A. Meulenbelt et al. (Eds.), *A Creative Tension Explorations in Socialist Feminism* (pp. 85-102). London: Pluto Press.
- Spierenburg, P. (1984). *The Spectacle of Suffering*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Stansell, C. (1982). Women, Children and the Uses of the Streets Class and Gender Conflict in New York City, 1850-1860. *Feminist Studies*, 8, 309-335.
- Sydney Labour History Group (Eds.) (1982). *What Rough Beast? The State and Social Order in Australian History*. Sydney: Allen & Unwin.
- Van Krieken, R. (1986a). Social Theory and Child Welfare: Beyond Social Control. *Theory & Society*, 15, 401-429.
- Van Krieken, R. (1986b). Children and the State. Child Welfare in New South Wales, 1890-1915. *Labour History*, 51, 33-53.
- Van Krieken, R. (1989). Towards «Good and Useful Men and Women»: The State and Childhood in Sydney, 1840-1890. *Australian Historical Studies*, 23, 405-425.
- Van Krieken, R. (1990). State bureaucracy and social science: Child Welfare in New South Wales, 1915-1940. *Labour History*, 58.
- Van Waters, M. (1926). *Youth in Conflict*. New York: Republic Press.
- Williamson, N. (1983). Laundry Maids or Ladies? Life in the Industrial School for Girls in New South Wales, Part II, 1887-1910. *Journal of the Royal Australian Historical Society*, 68, 312-324.
- Willis, S. (1980). Made to be Moral at Parramatta Girls' School, 1898-1923. In J. Roe (Ed.), *Twentieth Century Sydney* (pp. 178-192). Sydney: Hale & Iremonger.

